

La resaca de la rebelión

Por Esteban Rodríguez

Uno

"Que se vayan todos, que no quede ni uno sólo" es una consigna que nos habla de que el problema no son los *representantes* sino la *representación*; que lo que está en crisis no es solamente la clase dirigente cuanto una forma particular de democracia, una democracia que ha sido reducida a su hecho formal, al vía crisis electoral. La sociedad civil no tiene un problema personal con los supuestos dirigentes, sino un problema político concreto: que es el hecho de que durante casi dos décadas los representantes no representaron. Y eso, después de varias chances, de tantas oportunidades para rectificarse, nos habla desde luego de la ineficacia y la ineptitud de los representantes, pero nos habla sobre todo, de las limitaciones de una forma particular de entender la democracia que posterga (cuando sustituye) la intervención de la comunidad en la resolución de los problemas que a esta le involucra e interesa.

Dos

La pregunta por la Argentina contemporánea es la pregunta por la *crisis de representación*, una crisis que pone bajo cuestión el paradigma de la representación, la lógica que auspicia organizar lo político *más allá* de lo social o lo social *más acá* de lo político. Durante casi dos siglos, política y sociedad fueron términos *separados* aunque *articulables* a la vez (sea a través de los partidos políticos que es la forma que depara la política para la sociedad o al revés, la forma que asume la sociedad cuando incurre en la política; sea a través de la prensa que es la forma de imprimirle notoriedad, hoy diríamos transparencia, a lo que tiende a ser público). Lo propio de la representación es la *escisión* entre Estado y Sociedad, entre lo público y lo privado, entre sociedad política y sociedad civil. Se sabe, el pueblo no deliberaba ni gobierna sino a través de sus representantes; las personas no podían intervenir en la búsqueda de soluciones a los problemas que les constituye. La representación, al autonomizar lo político respecto de lo social, estaba por añadidura, despolitizando la sociedad hasta mercantilizarla, puesto que para eso mismo hacía falta la autonomización de lo político: so pretexto de garantizar la concordia, lo que se estaba reasegurando era la autonomización de lo económico, hasta reinventar la sociedad desde la lógica del mercado ("el mercado se autoequilibra", "el Estado no interviene", etc. etc.). Con la autonomización de lo político se estaba expropiando la vida para dejarla "librada" (expuesta y sujeta) a las leyes del mercado. En suma, la despolitización de la sociedad coincide (y no es casual) con la mercantilización de las relaciones sociales.

Tres

La crisis de representación es una *puesta en evidencia*. La manifestación del Estado neoliberal; la visualización más nítida de los contornos, que son también las consecuencias sociales y económicas, del capitalismo en general y del modelo neoliberal en particular. Dicho en otros términos: el neoliberalismo terminó produciendo una crisis política que afecta directamente la legitimidad de la representación (clase dirigente y medios de comunicación empresarial); una crisis que nos habla de la crisis de autoridad, una crisis de confianza, de credibilidad y que, por lo tanto, amenaza socavar el consenso que durante algunas décadas aportó la democracia formal.

Cuatro

Pero, concretamente, ¿qué es lo que se pone en evidencia?:

Primero, la *discontinuidad* que supone el desplazamiento del Estado Social por el Estado Neoliberal. Pasamos de una sociedad *con* mercado a una sociedad *de* mercado. El desarme del Estado Bienestar no implica la minimización del mismo, mucho menos su desaparición; por el contrario, supone la reinención desde lo penitenciario. Si lo inclusivo se vuelve exclusivo, la providencia no tardará en girar a la penitencia. El debilitamiento del Estado Social significará la reconstitución como Estado Penal. Una cosa lleva a la otra como un juego de espejo, porque, por otra parte, al mismo tiempo, supone también el desplazamiento del Estado de Derecho por el Estado de Excepción.

Segundo, la relación de *continuidad* entre la última dictadura y la democracia formal o

representativa. Es lo que en otro lugar hemos denominado alguna vez, "la invariante de la época". Si la Dictadura concretó la desmovilización de la multitud, si rompió, desarmó hasta la serialización lo que se venía amasando; la democracia, acotada al sufragio elemental, perpetua con el voto la serialización alguna vez producida en tanto la democracia representacional que se constituye sobre la base de la separación (separación de lo político respecto de lo social), reducida a la aritmética electoral (un ciudadano = un voto), es una forma de mantener fragmentada a la multitud.

Y tercero, lo que finalmente se pondrá de manifiesto son algunas *variaciones* que si bien no habría que apurarse a interpretarlas en términos de ruptura, de variante, lo cierto es que alcanzan a poner bajo cuestión el paradigma de la representación. Hablamos de la *irrupción de la multitud*, de otra invasión, de las iménades!: cuando la multitud irrumpe en el escenario hasta reconstituirse en actor principal; hablamos entonces de la primacía de la sociedad; o mejor dicho, cuando lo político es apropiado por lo social, y más aún: cuando lo social se politiza, y las personas comienzan a intervenir directamente en la resolución de los problemas que tienen. Si la representación, dijimos, supone una escisión, la crisis será la puesta en evidencia de la *apropiación* de lo político por lo social, o más todavía, de la *inmanencia*, de la *subsunción* de lo político y lo social, y con ello, de la *autonomización de la vida*. En efecto, con la irrupción, los términos comienzan a identificarse uno con el otro hasta volverse indiscernibles, hasta que la vida gana autonomía. La crisis ha descompaginado el mapa; lo que sobra, lo que esta afuera o tiende a quedar afuera, no se resigna a aceptar con sufrimiento lo que le tocó: irrumpe, antes que para incluirse o se lo vuelva a incluir, para producir nuevas sociabilidades desmercantilizadas donde la democracia directa, la autonomía, la participación y la horizontalidad van delimitando las nuevas coordenadas de las experiencias.

Cinco

Claro que la irrupción no será siempre la misma irrupción. A veces será individual y otras colectiva. Hablamos de *irrupción colectiva* para referirnos, por ejemplo: a) a los piquetes o tomas de ruta que es cuando la multitud irrumpe en la circulación de bienes y servicios afectando la viabilidad, y por añadidura, el consumismo, la reproducción de plusvalor en las sociedades contemporáneas; b) a los escrache: cuando la multitud irrumpe en la vida privada, íntima, afectando el honor y el decoro, empañando la celebridad de los personajes y muchas veces exponiendo a los que pretendían pasar desapercibidos; cuando la multitud, digo, ya no pide justicia sino que produce actos de justicia; c) a los saqueos: cuando la multitud irrumpe en los negocios, afectando las relaciones comerciales en general y la apropiación exclusiva en particular; d) a los estallidos o las puebladas, que constituyen una suerte de irrupción total de la vida cotidiana; e) a las movilizaciones o las asambleas: cuando la multitud irrumpe el monólogo de la clase dirigente, denunciando el carácter ficticio e ilegítimo de sus supuestas intervenciones; f) a la conversación: cuando la multitud toma la palabra que los parlamentarios le habían expropiado para entrar en un estado de deliberación permanente. Hablamos por el contrario de *irrupción individual*, cuando la invasión hace pié en la acción individual. Por ejemplo, el crimen, o sea, el robo a mano armada.

La irrupción entonces, es la *impugnación* del paradigma de la representación, pero al mismo tiempo, la *expresión* de lo que se venía condensando por abajo, en el bajofondo de la sociedad, en tierra arrasada: la lógica de la participación.

Seis

Si la *Representación* serializó la sociedad hasta lumpemproletarizarla, hasta transfigurarla en una "masa informe, difusa y errante"; si la democracia, pero también el capitalismo financiero (la fuga de la producción a la especulación) es una forma de desconectar a la multitud (la fábrica puede que siga siendo un espacio de producción, pero está lejos de ser un espacio de politización, desde el momento que no es un espacio de encuentro), la irrupción –y esta es otra novedad– *encontró a la multitud* hasta maximizar la potencia de los cuerpos. Es que a diferencia de la opinión pública (que es un espacio imaginario de encuentro que permite la reunión más allá de que esta efectivamente se junte, y por eso mismo es impotente, porque se haya enclaustrada en su casa frente al TV), las experiencias que mencionábamos recién son prácticas concretas, de base, experiencias territoriales. Porque lo que tienen en común las experiencias que irrumpen es el *territorio*.

La territorialización como aquella mediación que permite anclar las experiencias. Me explico: la territorialización de la política es lo que permitirá la repolitización de lo social. El territorio como mediación espacio-temporal que modela las experiencias sobre una contingencia que reclama los cuerpos.

Siete

La irrupción como ebullición de nuevas subjetividades, espacio de vitalidad que, semejantes a cámaras de oxígeno, devienen auténticos respiraderos. La vida gana oxígeno cuando se politiza, cuando se liga a lo que esta puede, cuando se potencia. Cuando la cosa se caldea y se condensa, se liberan nuevos aires que oxigenan la vida misma. De allí que la enumeración que hacíamos arriba –que no pretende ser ninguna lista–, estaba para dar cuenta de aquella experiencia que se viene tanteando al interior de cada una de las prácticas, en función de situaciones diferentes y con recorridos deferentes también. A esa experiencia la llamaremos la *irrupción de irrupciones*. Se trata de la expresión autónoma que, sobre la base de otros valores, forja espacios de sociabilidad históricos, modelando nuevas subjetividades, nuevas formas de vida desmercantilizadas.

Ocho

Ahora bien, en este contexto caracterizado por la irrupción de la exclusión, el Estado (la Representación) ha redefinido su intervención. Porque el Estado seguirá interviniendo, pero esta vez ya no tenderá hacia la integración social. Su intervención no será centrífuga cuanto centrípeta. Se interviene para reasegurar la exclusividad, para mantener la exclusión, o lo que es lo mismo, para evitar la irrupción. La intervención estatal se vuelve *disruptiva*. Por eso no serán políticas integradoras o socializantes, sino antiirruptoras en la medida que buscan volver a producir la separación entre lo político y lo social, y al hacerlo, buscarán producir esa distancia que se abre entre lo que queda adentro lo que queda o tiende a quedar afuera.

Nueve

Para ello, el Estado, dispone de una serie de *esclusas* o dispositivos disruptivos, que si bien son los mismos de la época anterior, en la medida que ya no buscan integrar cuanto separar, sus prácticas se imprimen con otro temperamento. En definitiva: la *disrupción* es la forma que asume el control social cuando de lo que se trata es de mantener la exclusión, cuando lo inviable se vuelve insustentable y por tanto ya no cabe inclusión alguna.

Esas tecnologías de control tiene que ver con: a) las agencias políticas, que sobre la base de un remasterizado clientelismo (CGP en Bs. As. o la UGL en el Conurbano) organizan la cooptación; b) las agencias sociales, que sobre la base de la cooptación organizan el subsistencialismo (planes trabajar o jefas y jefes de familia); c) las agencias represivas que articulan diferentes prácticas (gatillo fácil, divisiones antitumulto y escuadrones de la muerte) que son formas de gestionar el crimen y romper la protesta social; y d) las agencias judiciales: que organizará la criminalización de la pobreza, es decir, la criminalización de la protesta que a veces será colectiva pero a veces, también individual.

Diez

Pero detengámonos en la última de las esclusas. La criminalización se inscribe en una política que hace pié otra vez en el terror. Porque ya sabemos que el terror despolitiza; de que la seguridad personal es el viaducto despolitizante por excelencia; porque cuando el ciudadano (ya de por sí aislado, serializado por la *Representación*, con la aritmética electoral y la geografía consumista) se siente para colmo desprotegido o amenazado, se retrae en la salvaguardia prepolítica de su privasidad. En esa región vital, íntima y primigenia, todo vale. El hombre se separa del grupo, se atrinchera para defenderse. Entonces, la despolitización privatista que neutraliza las expresiones colectivas es lo que está en la base de la cuestión de la seguridad. Cuando el Estado agita el problema de la "seguridad ciudadana", del "orden" o la "paz social", es porque quiere que los ciudadanos regresen a sus respectivos domicilios a ver televisión y que le dejen a ellos hacer las cosas como mejor "saben hacer". Cuando las multitudes irrumpen, hay que intervenir; y la intervención será brutal aunque focalizada, contundente aunque imperceptible si la multitud no se resigna. De la "doctrina de seguridad nacional" pasamos a la "tolerancia cero", de la misma manera que la mano invisible se vuelve mano dura. Una mano que se vuelve puño, pero permanecerá invisible, difuso y errante; de allí que no pueda percibirse como tal. El terror del que hablamos es un terror espectral. que va no tiene su base real en un punto

determinado, en una institución quiero decir, sino que permanecerá diseminado entre diferentes prácticas que organizan y gestionan la disrupción más allá de alguna centralidad. Eso será el terrorismo de Estado en esta nueva época signada por la crisis de representación: un puño sin brazo.

Once

Frente al atrincheramiento de la representación, un atrincheramiento que como se dijo recién no será ingenuo, las experiencias participativas que por otro lado están lejos de consolidarse como tal, necesitan ganar tiempo. Y aquí se abre una discusión, para nada menor, sobre el significado de la crisis puesta de relieve en las jornadas del 19 y 20 de diciembre. Y digo que no será una discusión menor, porque de acuerdo a la caracterización que se haga, la apuesta asumirá recorridos sustancialmente diferentes. Y aquí es donde cabe comenzar a discutir, qué fue, qué significa el 19 y el 20 para la Argentina en general y las experiencias donde se vino forjando ese diciembre en particular. Porque no será lo mismo pensarla como una coyuntura revolucionaria o prerevolucionaria o insurreccional que tomarla como la expresión de *embriones de libertad colectiva*, de nuevas formas de vida.

Y acá me gusta recordar esa frase, que para mí es una suerte de consigna, que Renè Char escribiera alguna vez en plena resistencia parisina durante la ocupación nazi. Decía Char: *Lo importante a veces es saber domar la euforia de los tiempos*. Y vale la pena tenerla presente sobre todo cuando los tiempos están volviendo a emputecerse, no sólo por el agravamiento de las necesidades sino también a partir de las operaciones políticas de la Representación, pero a veces también a partir de las caracterizaciones que se hace de la coyuntura. Con todo, uno tienen la sensación que los tiempos se aceleran, o se emputecen, como nos gusta decir. Se está montando un escenario signado por el enfrentamiento, sea el electoral o la acción directa y procurando que todos juguemos allí. De esa manera se buscará desvincularnos de nuestras experiencias y ponernos a discutir cuestiones ajenas a las dinámicas de cada una de las experiencias.

Porque si por un lado, cuando caracterizamos la coyuntura, hablamos de *repliegue*, de que estamos en una etapa donde habrá que consolidar lo que tenemos, trabajo inaugurado por otra parte no hace mucho; al mismo tiempo, ante los llamamientos megalómanos, nos metemos en esas cuestiones que nos *lanzan* hacia adelante, como si se tratara de pasar a la ofensiva. Entonces, si por un lado decimos que habrá que consolidar el trabajo, por el otro nos jugamos todas las fichas, o eso creemos, en una sola jugada; como si la realidad se dirima en una marcha, en una elección, en un piquete; como si nuestra experiencia pasara solamente por allí. Pensamos que nuestra experiencia va para tiempos largos, lo que no significa que uno se desentienda de la coyuntura. Pero de ahí a reducirnos a esa coyuntura, para colmo ahora emputecida, es algo muy distinto y creo que no hace falta mayores aclaraciones.

Justamente nosotros pensamos que si le reclamamos todas las respuestas a las elecciones que vienen, a los cinco minutos nos daremos aludidos como traicionados. La Argentina, si es que se puede seguir hablando así, no es una cuestión electoral. Lo que tampoco significa afirmar que todo los candidatos sean el mismo candidato. Desde ya que hay matices, y no son menores. Y hasta es probable que intervengamos, porque distinguimos justamente esas diferencias. Pero intervenir no significa embarcarse. Porque la democracia representacional ha dejado de ser la panacea. Eso es lo que se quebró en la Argentina, una forma de pensar lo democrático a través de la separación entre lo político y lo social, de pensar lo político más allá de lo social. Ya lo dijimos con la consigna que reza la Constitución Argentina: "El pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes". Es decir, los hombres y mujeres no pueden intervenir directamente en la resolución de los problemas que les involucran. Eso es lo que está en crisis y se lo puede corroborar en el surgimiento y la multiplicación de experiencias que se están dando otra forma de construcción, sobre la base de la autonomía, la democracia directa, la participación y la horizontalidad; sin jetones que pretenden referenciar nada, aunque con voceros rotativos, pues la única referencia es el colectivo, la propia experiencia.

Ahora bien, lo que quería decir tiene que ver con esto último, porque todas estas experiencias (como pueden ser las asambleas barriales, los movimientos campesinos y de desocupados o estudiantiles *autónomos*) necesitan un tiempo que esta puesto en tela de juicio desde el momento que se pretende radicalizarlas en la coyuntura. es decir.

acelerarlas, exponerlas con el giro vertiginoso que pretende imprimirse para los acontecimientos.

De allí que no estaría mal practicar una suerte de *ateísmo político* procurando *desengancharnos* de todo este barullo. Y esto que decimos, no lo hacemos en el aire; ya pasó, por ejemplo, en la década de los '60 y parte de los '70, cuando las experiencias autónomas del mismo tinte que las de ahora, y a veces más importantes, fueron absorbidas, arrastradas hasta ser desmanteladas por la dinámica movimientista del PJ y la hipocondría de la Izquierda tradicional. Eso en el principio, porque después la Dictadura se encargó de borrar los vestigios y desarmar los resortes de aquellas experiencias sociales que intentamos recomponer otra vez.

Lo dicho no significa que se reniegue de lo político. Justamente pensamos a todas estas experiencias como los lugares de politización, en el sentido de que lo que se está intentando es reinventar lo político desde lo social, es decir, que todas estas experiencias están apropiándose de lo político. La politización como la *subsunción* de lo político y lo social, pues desde el momento que las personas comienzan a intervenir en la búsqueda de soluciones a los problemas que le interesan y afectan, desde ese momento ya no se menospreciará ningún contexto; ni el coyuntural ni el histórico. Y acaso siga siendo esta nuestra mayor dificultad, la posibilidad y la necesidad de combinar los tiempos cortos con los tiempos largos, porque sabiendo que la cosa va para largo los problemas se manifiestan hoy día. Pero aquí también cabe decirnos que la distinción entre *Articulación* y *Coordinación* que las organizaciones populares autónomas se están dando es una forma de responder a esta cuestión. Entonces, si la articulación es la vinculación que se da entre las experiencias que comparten una misma forma de construcción de poder sobre la base de la autonomía, democracia directa, horizontalidad, etc etc; la coordinación será la vinculación que se dan con otras articulaciones, es decir, con experiencias que tienen una forma diferente de construcción. Dicho de otra manera, si la articulación discute una estrategia histórica, la coordinación buscará dar una respuesta a los problemas coyunturales concretos; de otra manera: si la articulación tiene que ver con la construcción, la coordinación con la resistencia.

Doce

Lo que irrumpe no es un acontecimiento espontáneo. Después del 19 y 20 de diciembre, tenemos la sensación de que no somos los mismos, que el país ya no se encuentra en el lugar donde lo sabíamos de memoria; sin embargo en rigor, el 19 y 20 no comenzó en diciembre. Porque si de acontecimientos se trata habría que ir a buscarlos más atrás, en las puebladas de Mosconi, Tartagal y Cutralcó; en los piquetes de los MTDs; en las recuperaciones de fábrica que hacen de los obreros de las empresas fundidas, en la producción de justicia participativa que intentan los escraches de Hijos o la Mesa de Escrache Popular, en la carpa negra del MOCASE, e incluso, por qué no, en las inconstantes movilizaciones estudiantiles. El 19 y 20 de diciembre fueron las jornadas que hicieron patente un proceso que se venía amasando por el bajofondo, un proceso que sorprendió a la *Representación*, a la clase política, pero también al periodismo empresarial que, dicho sea de paso, nunca supo cómo ubicarse ante los hechos que relevaba. (Una nota para pie de página: Basta con recorrer las intervenciones de los movileros durante aquellas horas, cuando denunciaban infiltrados, activistas; cuando hablaban del caos social, de los saqueos, de la violencia, otra vez los violentos de siempre!, Para advertir que el periodismo fue a buscar los hechos allí donde había sido entrenada, como si la noticia tuviera que ser la misma noticia, como si la realidad estuviera siempre en el mismo lugar. El periodismo consensual fue víctima de su propio microclima, de sus propias operaciones de prensa). Porque, y para resumir, como decía Marechal a través de Megafón, "*los combates que más importan, nunca salen a la luz del mundo, ya que permanecen en el subsuelo de la Historia.*"

Trece

La política no es un solitario sino que, como el truco, se juega de a dos, por lo menos de a dos; uno canta sabiendo que el otro nos puede salir a apurar o mandarse a guardar al mazo, un mazo que además de estar manoseado, hace tiempo que se encuentra marcado. No estamos solos en esta partida; por más que se desarrollen nuevas formas de sociabilidad más allá de la forma-estado. de la forma-capital. lo cierto es que igualmente

esas nuevas formas de sociabilidad van a poner en tela de juicio las concepciones de mundo, las creencias, la valoración, que son otras tantas formas de vida, que sostienen y hacen posible los intereses enquistados que solemos llamar sistema capitalista. La crisis no garantiza el cambio, simplemente abre nuevas posibilidades, plantea otros interrogantes, pone bajo cuestión. Las experiencias que forjan esa nueva sociabilidad no tienen reasegurado su porvenir. Por lo pronto, la respuesta a la crisis de representación, por parte de la mismísima *Representación* fue el enquite (el unicato).

La irrupción marcó el límite a la *Representación*, pero nada impide que ese límite se vuelva borroso otra vez. Por eso decimos que no hay que cantar victoria; porque el vaso puede vaciarse del todo y comenzar a llenarse otra vez. Porque la irrupción muestra también los límites de esa multitud que cuando carece de organización, no le puede imprimir una forma particular a esa potencia movilizadora. Y la organización es una experiencia que demandará tiempo. Desde ya que habrá que colarse detrás de la irrupción, aprovechando su oleada para expandir las subjetividades políticas, sin pretender llegar más lejos de las fuerzas que cultivan las experiencias. La cosa va para largo, por más que los acontecimientos hayan adquirido una presencia vertiginosa. No hay que perder de vista que esta no es la primera vez que la movilización es capturada, extorsionada, filtrada, petrificada por la acción conjunta de la astucia electoral y el terror estatal. Hasta tanto y en cuanto no se consoliden y expandan aquellas experiencias sociales donde se recrea la política, siempre podrá surgir el mejor postor que dirá lo que la gente quiere escuchar.

Catorce

De todas maneras, más allá del giro que puedan tomar los acontecimientos, más allá que puedan ser reencauzados por el Unicato a través de elecciones o medidas extorsivas que auspician una cuota de resignación como contrapartida –ejercicio que la Argentina ha venido practicando a lo largo de dos décadas–, más allá de todo eso, quedará una suerte de *resaca* en el imaginario de la multitud. En esto tampoco hay marcha atrás. De ahora en más la *Representación* hará su política con este fantasma, de la misma manera que la multitud ingresará al cuarto oscuro con esta carga, con este... digamos, antecedente, con esta promesa siempre abierta. Pero no se nos debe escapar que el patronazgo se encuentra arraigado en la cultura política Argentina. La libertad, que es la libertad colectiva, no es una decisión sino una experiencia que hay que forjar cotidianamente. Siempre será más fácil obedecer y no perder tiempo en los quehaceres comunitarios. Lo primero sigue siendo el prójimo clausurado entre las cuatro paredes, o sea, la familia. Y además no es que sea lo más fácil, es el lugar común donde hemos sido entrenados durante generaciones, de modo que desandar esas subjetividades no es cuestión de dos días. Sin embargo, tras el estallido hay un vaso que se volcó, y está dispuesto a llenarse otra vez. Pero ese vaso será más chico y tendrá una suerte de borra o de costra en el fondo, que hará que lo que se vuelque ahí, no sea ya fácilmente digerible y deje siempre un gusto amargo; una suerte de *resaca* en el imaginario que dejará un dejo nauseabundo, de hartazgo, de malestar. Esa *resaca* tiene que ver, con la comprensión de la importancia de la movilización (claro que una ciudadanía entrenada en la lógica de la representación, siempre estará dispuesta a pasar a un cuarto intermedio, de darle un mandato al representante de turno); con la potencia de la unidad en la lucha y con la comprensión también de que esa movilización y esa potencia definen límites a los eventuales gobernantes.

Quince

Pablo Solanas, del MTD Lanús, suele hacer mención a la secuencia "*angustia-bronca-organización*": transformar la angustia en bronca, pero la bronca en organización. Si no se quiere naufragar y resignar otra vez, si no queremos lamentar los costos de la movilización, si la experiencia quiere despegar de lo catártico, hay que dar el salto cualitativo de la organización, pero de una organización que no reproduzca las limitaciones de la representación, una organización entonces que no sustituya, ni centralice o jerarquice, una organización que articule, que vaya de la coordinación concreta a la articulación también concreta de las experiencias que tienen la misma forma de construcción; una organización que funcione como una suerte de archipiélago, como un conjunto de islas unidas por aquello que las separa.

Si la historia no comienza ni termina el 19 y el 20 de diciembre hay que saber resguardar alguna cuota de razón entre tanta euforia y apasionamiento. De esa manera la fuerza que

la pasión suscitó o puso en sobrerrelieve, se expandirá más aún, se volverá acechante, posibilidad concreta, promesa constructiva. Es la potencia de la multitud, los hombres fundiéndose en la multitud, una multitud hecha potencia, vuelta potencia, que viene rodando y se hace cada vez más gigante –un gigante que permanece como espectro, pero donde ya se vislumbran los contornos gigantes de su figura– a su paso.

Lo que pasó y de alguna manera sigue pasando es la irrupción. Una irrupción que tuvo como protagonista a la multitud que ganó la calle más allá de los punteros, las operaciones de los políticos y las advertencias pusilánimes del periodismo porteño. (Porque puede que haya habido alguna que otra operación en toda esta movida, pero cualquiera hayan sido aquellas apuestas elucubradas por el PJ bonaerense, los resultados sobrepasaron sus expectativas conspirativas.) Una vez más, la representación subestimó a la nación sumergida. El estallido devino irrupción; pero hete aquí que de la irrupción no se llega a la revolución por una simple escalada de violencia y movilización. No se trata de acumular fuerzas, cuanto de construir poder popular para disputar al poder representacional.

Se trata de una irrupción y no de la revolución; sin embargo semejante afirmación no tendría que desmerecer en ningún caso, la puesta en acción de la multitud, por más o menos espontánea que haya sido. Al contrario, al tiempo que nos sacude la modorra, sobre todo cuando se trata de los sectores medios, nos muestra la potencia que habita como promesa en la multitud. En definitiva, la irrupción como un acto de autoafirmación, el descubrimiento de la fuerza que habita en las experiencias que se construyen desde la autonomía.

Esteban Rodríguez es miembro del colectivo La grieta. Editor de la revista La Grieta y el folleto La náusea. Autor, entre otras obras, de "*La Justicia Mediática. Las formas del espectáculo*", "*Contra la Prensa. Antología de diatribas y apostillas*".